

Relatos de salud y diversidad



Confederación Fenpruss

Secretaría Nacional de Igualdad de Oportunidades

Pilar de LGTBIQANB+

Relatos de salud y diversidad

1ra edición, Santiago de Chile. © Confederación Fenpruss, 2025

Encargados y coordinadores de proyecto: Valeria Altamirano y Manuel González.

Equipo editorial y corrección: Manuel González, Valeria Altamirano, Pamela Montiel y Bárbara Rojas.

Asesoría de edición: Mario Arredondo.

Primera edición: septiembre 2025.

Gorbea 1727.

Santiago, CHILE

Tel: +56 (2) 6719251-6718920

E-mail: fenpruss@fenpruss.cl

Web: <http://www.fenpruss.cl>



Relatos de salud y diversidad



Índice de relatos

Prólogo..... Pág. 5

Capítulo 1: Raíces del cuerpo y la memoria..... Pág. 6

41+6..... Pág. 7

Yo y ella al final del camino..... Pág. 8

Su nombre en mis ojos Pág. 9

Puerto Varas..... Pág. 10

Donante compatible Pág. 11

Donde también se sana..... Pág. 12

Capítulo 2: Fuego bajo la piel Pág. 13

Tengo hora a las 10 Pág. 14

La consulta pendiente Pág. 15

Box 14 Pág. 16

Metamorfosis..... Pág. 18

Los Días del Silencio Pág. 20

Tropelía..... Pág. 21

Delicado..... Pág. 22

Narrarse desde cero..... Pág. 24

Turno Extra..... Pág. 25

Capítulo 3: Cuerpos que importan, voces que irrumpen..... Pág. 26

La noche que cambió todo y La historia de Mateo... Pág. 27

La historia de Mateo y su camino hacia la salud mental Pág. 28

De la ninfomanía a la asexualidad..... Pág. 29

Manual para respirar sin pedir disculpas Pág. 30

Disidente..... Pág. 31

El mismo viento, distinto color..... Pág. 32

Capítulo 4: El lenguaje secreto del cuidado Pág. 33

Nuestro lugar de encuentro..... Pág. 34

La letra que cambia el mundo Pág. 36

No estas solx, estoy aquí para ti..... Pág. 37

Un abrazo al corazón..... Pág. 38

De la más honorable visita..... Pág. 39

Un espresso italiano..... Pág. 40

Capítulo 5: Entre lo real y lo mágico Pág. 42

Donde floren dos lunas..... Pág. 43

El secreto de los tulipanes..... Pág. 44

Hiedra..... Pág. 45

Código 87x Pág. 46

Capítulo 6: Golpes de tinta Pág. 48

Micro cuentos de diversidad..... Pág. 49

Agradecimiento..... Pág. 51

Glosario..... Pág. 52

Prólogo

Este libro nace de muchas voces. Voces que narran en primera persona, que inventan, que recuerdan, que imaginan y también que denuncian. Todas estas historias llevan consigo una verdad profunda: la de quienes habitan la salud, el trabajo y la vida desde la diversidad.

Aquí se entrelazan identidades, duelos, resistencias, ternuras y memorias que sanan. Cada relato abre una ventana a experiencias que suelen quedar en silencio, pero que merecen ser nombradas.

Como Confederación Fenpruss sabemos que lo sindical no se limita a lo técnico o contractual. Lo sindical también está en los cuerpos que sostienen la vida, en las emociones que atraviesan cada día y en las historias que nos marcan. Por eso decidimos abrir este espacio: para que trabajadoras, trabajadores, usuarias y usuarios, estudiantes y activistas; así como compañeros y compañeras de lucha puedan dejar huella con sus palabras.

Este libro es también una declaración política. En él afirmamos que **lo personal es sindical**: que la lucha por condiciones laborales dignas está unida a la lucha contra toda forma de discriminación, por el reconocimiento de la diversidad y por la construcción de una sociedad más justa. Nos reconocemos en los principios del sindicalismo internacional: trabajo decente, igualdad sustantiva, perspectiva transformadora de género y Derechos Humanos para todas, todos y todes.

Los relatos reunidos —confesiones, gritos, poemas camuflados, memorias e imaginarios— nos invitan a mirar la salud y el trabajo con otros ojos. Nos llaman a cuestionar estructuras que excluyen, a reconocer la dignidad de todas las personas y a construir un sindicalismo que abrace la diversidad y defienda la salud como un derecho y un bien público.

Esperamos que estas páginas conmuevan, inspiren y movilicen. Que sean herramienta de formación, memoria y futuro. Que fortalezcan nuestras luchas y alianzas. Y que recuerden siempre que los derechos se conquistan con organización, con ternura y con valentía.

Este libro es, al mismo tiempo, un acto colectivo de memoria y un horizonte de esperanza sindical. Este libro es un acto colectivo de memoria y futuro.

Gracias por ser parte de él.

Equipo editorial

CAPÍTULO 1

Raíces del cuerpo y la memoria



*“La memoria también habita el
cuerpo. Y a veces, sólo al narrarla,
comienza a sanar.”*

41+6

Esperé 41+6 semanas para ver tu rostro, y eras la guagua más hermosa que había visto. Quizás un poco de amor propio, muchos exageran en esta apreciación, en este punto qué más da jajaja.

Seguiste floreciendo al crecer, eras delicada y frágil a veces, pero determinada y segura cuando debías serlo. Ojalá todas las niñas fueran así decían los que te conocían, yo asentía con orgullo a medida que crecías.

Pero había algo que a la mamá le ocultabas... hasta que una noche, mientras conversábamos, entre lágrimas de fortaleza, me dijiste que sabías que eras diferente, que quizás te gustaba una niña...

¿Impacto para mí? Sí, por supuesto, fue terrible, jamás lo imaginé, y jamás lo quise. ¿Pero sabes qué jamás imaginé o quise? Nunca quise ser una mamá a la que le tuvieras miedo de contar qué sentías, y que dudarás alguna vez de mi amor por ti, o que este cambiaría por saber que eras distinta y que amabas a una niña. Los cuestionamientos iban para mí, y para el mundo. ¿Por qué una persona podría tener temor de decirle a su madre, quien daría la vida por ti, que sientes amor por alguien del mismo sexo?

Hija... contigo no había nada que ocultar, sigues siendo la niña perfecta que tomé en mis brazos hace veinticinco años, y me siento orgullosa de que, para ti, el amor sea eso ...amor, sin mediar otra explicación. Te amo.

Jessica Mensing B., Punta Arenas.

Yo y ella al final del camino

Me dijeron que moriría... era una verdad incuestionable para mí y para todos, pero... ¿Por qué yo? Apenas me imagino dejando de respirar y que mi corazón, tan laborioso, se agotará y le dirá a mi cerebro ya no más... Antes de eso, ciertamente comenzaría mi declive; no reconoceré mis rasgos, mis características y constitución corporal tan viril del hombre que fui y que de alguna manera u otra me obligué a ser. Queriéndolo o no, mi cara, manos y piernas se tornarán de un color ocre; la fragilidad y los despojos de mi carne me impondrán un desafío superlativo para hacer siquiera mis necesidades básicas y mis dientes, por Dios, ¡mis dientes!! caerán uno a uno como perlas de un hermoso collar roto y conoceré otras partes de mi cuerpo que florecerán por mi delgadez caquética. Por fin al espejo admiraré y saborearé tener mis caderas anchas, mis pómulos que siempre quise colorear y mis costillas se asomarán; hasta las podré palpar y enumerar. Qué deleite y plenitud sentiría de esta fémina que justo ahora aparece; ya no será más... Ahora que me quiero tal cual soy y me acepto, quiero que me abracen y quiero que me amen por lo que soy y siempre fui. Justo ahora mi cuerpo irá en picada al máximo abismo que no conozco... a muerte. No, no quiero. Dios, ¿por qué me haces esto? Mis tejidos, órganos y piel no podrán con tan despiadado ataque. La energía será exigua y mi mente divagará en pensamientos negativos, recuerdos dolientes, constantes ataques de pánico e ideas suicidas; inclusive idearé un plan de autoeliminación, pero ya es tarde hasta para eso. A esta altura ya no tengo ni las fuerzas ni el coraje para intentarlo; quizás debí hacerlo antes, mucho antes de llegar a este punto tan calamitoso y degradante para mi ser. Me siento en la más completa indefensión, sumida en el terror paralizante y angustiante que cala mi corazón por sentir que ya me iré en este estado y mi ego es vomitivo ahora y antes tan soberbio. Lloro, lloro y lloro y las ganas de vivir ya no las siento.

Creo que ya queda muy poco; ya no siento mi propiocepción en esta cama y las parestesias y rigidez de mi doliente cuerpecito parecen favorecerme, ya que ya no duelen mis nauseabundas heridas que curan cada día con tanta delicadeza. Solo deseo que pase el día y cambie rápidamente a la noche y así un nuevo día y un nuevo despertar, un nuevo anochecer, despertar, abrir y cerrar los ojos constantemente. Quiero dormir y descender con dignidad por la persona que fui y por la que algún día anhelé ser.

Mary James, Huasco.

Su nombre en mis ojos

En la consulta, llegó como quien camina sobre cristales. Sus pasos eran susurros, y sus ojos, una herida que nadie quería mirar. Llevaba la ropa como escudo, el cabello corto, no por moda, sino para que el viento doliera menos. Su cuerpo estaba encogido, como si pidiera permiso para ocupar espacio. Pero algo en su presencia gritaba sin palabras.

Le llamaron por un nombre que no era el suyo, un nombre frío, extraño, una piedra en el pecho. Vi cómo se apagaba su mirada. Preguntó si podían llamarle por el nombre correcto, pero mi compañera rió, como si la identidad fuera un chiste. Volvió a sentarse, envuelta en un silencio más doloroso que los murmullos ajenos.

El médico salió con rostro amable, pero usó la misma palabra equivocada. Se levantó despacio, con la espalda tensa, y antes de entrar, él le preguntó:

—¿Prefieres otro nombre?

Asintió. En ese pequeño gesto, algo en el aire se ablandó, como ver a una flor que llevaba días sin agua.

Le observé desaparecer tras la puerta y me juré: la próxima vez, cuando alguien lleve en los ojos la historia de no ser nombrado, diré su nombre con ternura, porque nombrar también es cuidar. Y cuidar es ver el dolor que otros intentan esconder.

Camila Kohnenkampf Bertolini, Limache.

Puerto Varas

Cuando papá se enteró se quiso morir. No soportaba tanta vergüenza y tanta decepción. Yo era el único hijo varón y conmigo se acabaría el apellido. Le importaba tanto su linaje. La familia es muy católica y conservadora. Desde entonces nos distanciamos.

Apenas terminé la universidad, me fui de la ciudad a trabajar, lo más lejos posible, a construir mi vida. Conocí a hombres y a mujeres. Pero mi capacidad de amar decantó en lo masculino. Y eso me definió.

Afortunadamente mi madre lo tomó mejor, creo que siempre lo supo. Sólo debía preguntarme y yo le diría, esta conversación sólo tuvo lugar cuando cumplí mis cuarenta años.

El viejo después enfermó y falleció. Nunca me perdonó. Era demasiado estricto para eso. Con el tiempo perdoné a mi padre.

Somos una pareja quitada de bulla. No somos ni locas, ni afeminados. Todo lo contrario.

Formamos legalmente una familia hace algunos años, pero nos conocimos, nos encontramos y acompañamos desde hace más de quince. Con los altos y bajos de toda relación de pareja. En salud y enfermedad, en las buenas y en las muy malas. Desde entonces simplemente todo nos une y nada nos separa.

Tenemos grandes amigos y amigas. Todos heteros. Y todo bien.

Para mi generación era muy difícil salir del clóset. El peso de la opinión de los demás era muy fuerte, todos juzgaban. Hoy existen nuevas instancias de comprensión de la diversidad sexual y afectiva. La juventud de hoy se permite probar y experimentar muchas cosas.

Y todos, todas y todes quisiéramos esa persona, esa presencia, ese alguien o algo que nos comprenda y oriente en la sabiduría del amor sin prejuicios.

Jonathan Delgado H.

Donante compatible

Estoy sentado en el sofá de mi casa, mientras están mostrando los resultados de la semana pasada, sobre la votación parlamentaria que buscaba avanzar en el matrimonio igualitario, donde la Senadora Reyes votaba en contra mientras terminaba su voto diciendo:

—Este tipo de situaciones sólo impulsan conductas inaceptables en la sociedad, no se puede legislar en contra de la biología.

No me tembló la mano cuando apagué el televisor, ya había escuchado suficiente.

Entonces, suena mi teléfono. Es mi médica— Es hora. Apareció un donante compatible—. Me quedo en silencio. El celular tiembla en mi mano, aún no sé si llorar, reír o simplemente respirar.

—Al fin —sintió una emoción nueva, se preguntó si sería esperanza. Luego se quedo en silencio por unos segundos. Llego a hospitalizarme, realizo mis trámites acompañados de mis compañeros de la Fundación Salud Diversa. Estoy feliz de tenerles, llevo tanto tiempo esperando este momento, que el miedo se siente pequeño.

Ingreso a mi sala, observo mi entorno y solo espero una vez más, ya llevo tanto tiempo esperando, que un poco más, no será nada. Pasan unos minutos e ingresa una médica a saludarme, me explica el procedimiento y se va. Paso a pabellón, espero todo salga bien, me comienzan a dar anestesia y cuento 10, 9, 8,7....

De pronto, comienzo a soñar, es una mujer, que no logro reconocer, se ve muy bien vestida, formal, parece ser alguien importante. Está acompañada de otra mujer, y sus manos tiemblan al rozarse, se toman la mano, se acarician, se besan rápido y se separan más rápido aún. Creo reconocer el lugar, pero no estoy seguro, ¿un tribunal? Luego despierto, salí de mi cirugía hace horas, estoy en recuperación, me siento extraño y vuelve a mi mente el sueño, es un tanto extraño, no suelo recordar sueños, entonces me pregunto, ¿ese sueño salió realmente de mi inconsciente...o fue un recuerdo ajeno, de la persona cuyo corazón late ahora en mi pecho?

Al día siguiente, tengo visitas, es mi amiga de la Fundación entra a donde me encuentro y cierra la puerta. Me pregunta cómo me siento, me dice que todes me extrañan, pero que vendrán cuando puedan ingresar más personas. Luego me dice:

—Necesito decirte algo importante. Por vías extraoficiales, pudimos saber información de tu trasplante y no pude no venir a contarte— me expresó con sus ojos llenos de lágrimas.

—Cuéntame —le dije, no aguantaba la espera

— Tu donante...— me dijo tragando saliva— fue la Senadora Reyes.

No dije nada, sólo miré mi pecho. Y por primera vez, no supe si ese corazón latía por mí o si aún luchaba por vivir la historia que nunca se atrevió a contar.

Nova, La Araucanía.

Donde también se sana

No fue en una sala de espera. No hubo estetoscopios, ni camillas. Mi primer acto de salud fue un susurro tembloroso: soy gay. Y sobreviví. Dije estas dos frases cuando tenía 18 años, con el corazón latiendo como si fuera a huir, esperando la liberación, pero encontrando en su lugar un muro.

El rechazo vino de quienes más amaba, de quienes creí que nunca me soltarían. Ese día me rompí. Y sin embargo, algo dentro de mí comenzó a sanar. Porque la verdad, aunque queme, también es un bálsamo. Porque vivir escondido duele más que cualquier herida.

Aprendí a llorar en silencio, a quedarme dormido con los ojos hinchados. A levantarme igual todos los días. Me pregunté si alguna vez merecería amor amar o había algo malo en mí.

Pero el tiempo, y el amor elegido, me enseñaron otra cosa: que sanar no es volver a ser el de antes, sino aprender a amar la nueva versión que sobrevive al abandono.

Formé mi familia con las manos abiertas de quienes sí abrazan, sin preguntar, sin corregir.

Me hice dirigente sindical, no porque buscara un título, sino porque entendí que también se sana cuando luchamos por justicia. Cuando un trabajador puede decir quién es sin miedo, cuando una mujer trans entra a un consultorio y la llaman por su nombre, cuando el respeto se convierte en rutina y no una excepción.

Hoy no solo lucho por mí. Lo hago por ese joven que aún se esconde en su pieza, por quien llora después de una atención humillante, por cada compañero que quiere ser visto tal como es.

Porque la salud también está en el lenguaje, en la dignidad del trato, en el derecho a vivir con orgullo. La salud no comienza en un hospital: a veces empieza en el silencio que rompemos, en el abrazo que damos, en la historia que por fin nos atrevemos a contar.

Y si esta historia llega a ti, que lees con el corazón abierto, tal vez también estés sanando.

Boris Garrido, Santiago.

CAPÍTULO 2

Fuego bajo la piel



“No todas las resistencias hacen ruido. Algunas se encienden en silencio, bajo la piel.”

Tengo hora a las 10

Tengo hora a las 10
Hay pasillos entre las paredes
Escucho ruidos y calambres, bastones arrastrados por algún siglo
Me pregunto cuántas voces quebradas escucharon estas paredes
Tanto concreto apretado a la garganta
Como desvestir mi cuerpo en esta tétrica escenografía
Hoy me corté las uñas en el baño, me saqué la pintura.
De reajo observo
Hay fila en la leche
Me pregunto si les duelen las venas como a mí
Parece tan sencillo, su fragilidad se desmorona de forma tan predecible
No esconden sus escombros, gritan su dolor, su miedo, su ira en la ventanilla de la farmacia.
De reajo observo
Hay fila en el SOME.
Hay coches estacionados con pequeños pies de polar
Madres apretadas al frío, envolviendo esos pequeños pies de polar
Mis pies son de tacos sin polar
Pero hoy me corté las uñas en el baño, me saqué la pintura
Hoy mis pies son de zapatos con suela negra
-Ramon Catrilaf!... Ramon Catrilaf!
-Si, yo
-Pase
- ¿Puedo dejar mi Cartera aquí?

Luca Millalefù, Temuco.

La consulta pendiente

Matías llevaba dos semanas despertándose a las tres de la madrugada por un dolor punzante que le atravesaba como una navaja caliente el costado izquierdo de la espalda. Había evitado ir al hospital durante dos años, sintiendo cómo el estómago se le contraía en nudos cada vez que pensaba en las miradas curiosas que pudieran ver la discrepancia entre su apariencia actual y la de su carnet.

Esa noche, el dolor fue tan intenso que no pudo volver a dormir. A las cinco de la madrugada, se vistió con manos temblorosas y tomó el primer metro hacia el hospital.

En la sala de urgencias, que olía a desinfectante y café frío, esperó su llamado bajo el zumbido de las luces fluorescentes. Cuando lo llamaron al box 2, siguió a la TENS con las piernas como gelatina, sintiendo el aire acondicionado golpearle la cara como una cachetada tibia.

—¿Señor Matías? —preguntó una voz clara al correrse la cortina.

La doctora Pía Toro, una mujer de cuarenta y tantos con mirada directa, le extendió una mano tibia.

—¿Cómo prefiere que me dirija a usted?

Matías sintió que el aire se le atascaba en los pulmones. Nadie le había hecho esa pregunta antes.

—Matías está bien —murmuró, sintiendo cómo se aflojaban sus hombros tensos por primera vez en horas.

Durante el examen, la doctora fue profesional y cálida. Sus manos tibias palparon su abdomen y el estetoscopio frío contra su pecho lo hizo cerrar los ojos. Cuando preguntó por medicamentos de uso habitual, Matías susurró "testosterona" preparándose para lo peor, pero ella anotó la dosis sin inmutarse, como si hubiera preguntado por aspirinas. Los ojos se le humedecieron ante la simplicidad del momento.

—Es una inflamación muscular, nada grave —le dijo—. Su salud es lo único que importa aquí, Matías. No deje pasar tanto tiempo para la próxima consulta.

Salió del hospital respirando el aire fresco de la mañana. Las luces de la ciudad parpadeaban como promesas mientras las recetas de la urgencia crujían en su bolsillo. Por primera vez en dos años, llevaba algo más que remedios; llevaba la certeza cálida de que merecía cuidado médico y de que existían personas capaces de reconocer su humanidad. Pensó en sacar hora para su control anual, y esta vez la idea no le provocó náuseas.

Tiscoray, Rancagua.

Box 14

El reloj marcaba las 9:43 cuando la puerta de la Oficina de la Trabajadora Social del Hospital Regional se abrió con violencia. Un joven de unos veinticinco años, con los ojos enrojecidos y la ropa empapada por la lluvia del sur, irrumpió con pasos desordenados. Sus zapatos dejaban huellas húmedas en el piso brillante, pero a él no parecía importarle.

—¿Está la asistente social? —preguntó con voz temblorosa, casi suplicante.

—Soy yo —respondió Clara, dejando su taza de té sobre el escritorio—. Pasa, por favor.

Él dudó un segundo, como si entrar significara aceptar algo que aún no quería enfrentar. Pero lo hizo. Se sentó al borde de la silla, temblando. El silencio era espeso.

—No sé por dónde empezar —dijo al fin, con un hilo de voz—. Me llamo Lucas. Vine desde Talca. Me subí a un bus anoche. No sabía a dónde ir. Solo... vine. Necesitaba escapar.

Clara lo escuchaba en silencio, sin interrumpir, con los ojos fijos en los suyos, dándole espacio para desahogarse.

—Él era mi pareja. Un año juntos. Pensé que era amor. Pero hace dos días supe que es portador de VIH. Me lo ocultó. Me lo ocultó todo este tiempo. Me lo contó su mejor amiga, como si fuera un detalle menor. Cuando lo enfrenté... se rió. Me dijo que era "mi culpa por no preguntar".

Su voz se quebró. Se tapó la cara con las manos.

—No tengo a nadie. Mis padres no saben que soy gay. No sé si me van a rechazar. Siento que perdí todo... dignidad, confianza, salud. Todo.

Clara se levantó, sin prisa. Le acercó un pañuelo, lo dejó en su mano. Luego volvió a sentarse y se inclinó levemente hacia él.

—Lucas, gracias por venir. Por atreverte. Aquí no vas a ser juzgado. Estás en un lugar seguro. Vamos paso a paso, ¿te parece?

Él asintió, aún llorando. Ella continuó con voz serena:

—Hoy mismo te puedes hacer el test rápido. Si quieres, voy contigo. No tienes que atravesar esto solo.

Una hora después, en el Box 14, Lucas y Clara esperaban los resultados. El reloj parecía ir más lento. Lucas temblaba de miedo. Clara rompió el silencio con suavidad.

—¿Sabes? Las tormentas no siempre vienen a destruirnos. Algunas limpian el aire. Otras abren caminos que no sabíamos que existían.

Lucas la miró por primera vez sin lágrimas. Solo miedo. Pero también un atisbo de esperanza.

El resultado fue reactivo. Positivo.

Lucas no dijo nada. Su rostro se congeló. Clara lo tomó de la mano con fuerza.

—Lucas, tener VIH no es el fin. Hoy existen tratamientos eficaces, vidas largas y plenas. Esta verdad duele, pero no te define. Lo que te define es tu coraje.

Él rompió en un llanto profundo, desgarrador. Pero no estaba solo. Esa vez, alguien lo sostenía.

—¿Y ahora qué hago? —susurró entre sollozos.

—Ahora vives —respondió Clara—. Vives, te cuidas, te rodeas de quienes sí te ven, quienes sí te quieren bien. Este hospital será tu red. Y yo, si tú quieres, puedo ser parte de ella.

Lucas la abrazó con fuerza. Era la primera vez, en mucho tiempo, que alguien lo abrazaba sin miedo. Sin juicio. Solo con humanidad.

Y así, entre lágrimas, dolor y un atisbo de luz, comenzó una nueva historia. Una historia tejida con empatía, dignidad y contención. Una historia que valía la pena seguir contando.

Claudia Mella Rubio, Tomé.

Metamorfosis- Del derecho a recibir asistencia espiritual

I

Él era un niño muy despierto e inteligente,
curioso, ágil, liviano, humilde, resiliente.
Jugaba con todos en el patio del colegio,
con sus compadres del barrio se peinaba regio.
No pensaba en qué niña le gustaba,
o esas cosas de pololeo... No, solo jugaba.
Tanto fue su compromiso con jugar
que se olvidaba hasta de sufrir y llorar.

Pero, a medida que fue suspirando y creciendo,
llegó el momento en que desechó el Nintendo.
Asimismo, una sombra se le fue acercando
y los labiales y vestidos se estaba probando.
Esa sombra es la Adulterez, que siempre a todos
los niños asecha, merodeando detrás del lodo;
nadie se le escapa, ni la sonrisa, ni la inocencia.
—¡Mi sombra es luz! —recitaba cual sentencia.

Aquel niño se hizo un hombre, audaz, fuerte,
delicado, gracioso, sin temor ni a la muerte.
Feliz vivía, cada día, no solo en su cumpleaños,
pues le agradaba ser distinto; para algunos,
extraño.
Y más bendecido fue cuando se enteró que podía
cambiar su cuerpo, su género, su poca
melancolía.
Así que, con la insigne señora Ley a su favor,
se puso a buscar al más excelente y blanco
doctor.

—¡Quieroquesaqueaquí, quemepongaacá!
Disculpe, Doc., por tan agitado y rápido hablar;
son nada más que mis nervios de pura emoción.
—No te preocupes, ven, vamos ahora a
pabellón...
¡Hey, guapa, despierta, abre los ojos, salió todo
OK;
ya no tendrás calambres, penas, ni siquiera TOC!
Ambos rieron espontáneamente en la sala,
como si se tratase de un injerto de bellas alas.

II

Se había transformado: —Consumado es —
se declaraba para sus adentros, tomando té.
No obstante, algo, una piedra de zapato
se removía en su interior (alto cual taco),
y le provocaba molestia, incomodidad;
era algo raro, no sabía bien en verdad.
—¿Qué me sucede? —sería se preguntaba.
—¿Acaso no eres feliz ya? —se interrogaba.

Entre dichas cavilaciones, una idea se le
apareció,
un haz de fotones que en su mente alumbró. Oyó:
—“Quítate la vida, sí, adelante, no tengas miedo;
te pueden ayudar sin problema los mismos dedos.
La ilustre señora Ley continúa aquí, contigo;
es legal, te puedes despedir de tus amigos.
Así serás verdaderamente dichosa, volarás
trascendiendo los prejuicios y la sexualidad.”

—Doc., Doc., venga, ¿puede ahora sacarme la
vida
y ponerme el descanso eterno, para mi partida?
—Si estás segura, no me queda más remedio.
Comprendo tu decisión, tu alegría y tedio...
Preparó la dosis, mientras sus compinches
pasaron
a visitarla, diciéndole: ¡Amiga, qué lindos tus aros!
Después de un largo y cariñoso abrazo grupal
se volvió a quedar sola, contemplando el
ventanal.

El especialista exploró el brazo lábil y tierno,
la vena se escondía, no quería partir en invierno.
Y así, sencilla y suavemente entró la jeringa,
traslúcida y alba, semejante a cálida gringa.
Sin planearlo, se observaron perfectamente,
en una última escena, el doctor y la paciente.
Mas antes de comenzar este a terminar el drama,
viendo ella la pared, leyó en un reloj: Cristo te
ama.

Cilántropo, Santa Cruz

Los Días del Silencio

En el sexto piso del Hospital San Martín, en una sala compartida con olor a desinfectante y sopa tibia, la señora Teresa comenzaba a olvidar el calendario. Pero no olvidaba a su hijo. A las doce en punto, como si lo marcara un reloj invisible en el pecho, su mirada se posaba en la puerta. Y él llegaba. Siempre llegaba.

Felipe, con su bufanda arcoíris y la piel cansada de noches sin dormir, caminaba con paso firme por los pasillos grises del hospital. Saludaba con una sonrisa a las enfermeras, a los auxiliares, incluso a los médicos que a veces lo miraban de reojo. Sabía que lo juzgaban. No por su puntualidad, ni por su dulzura al acomodar a su madre en la cama, sino por la forma en que lo hacía: con delicadeza, con ternura, con amor.

Algunos susurraban cuando se iba. "Es el hijo gay de la señora de la 104", decían, como si esa palabra fuera una categoría clínica. Pero Felipe no escuchaba. O aprendió a no escuchar. Su oído estaba ocupado por otras cosas: los quejidos de su madre al intentar moverse, el pitido del monitor cardíaco, el sonido leve de la cucharita chocando con la taza mientras le daba yogurt con paciencia.

Teresa, alguna vez reticente, alguna vez dura, la que alguna vez lo negó, se había rendido hace un par de años ante el cariño incondicional de su hijo. Lo que el tiempo alguna vez rompió, lo curó el cuidado diario. Porque el amor, cuando se demuestra con hechos, es más fuerte que los prejuicios heredados. Cada caricia, cada palabra suave, había ido ablandando la culpa, sanando la distancia.

A veces llegaban otros visitantes: los amigos de Felipe, ese grupo de colores, risas y abrazos grandes. En sus ojos había algo distinto: no había pena, había resistencia. Traían libros, traían canciones. Una vez llevaron un ramo de flores tan escandalosamente hermoso que el médico de turno frunció el ceño. Pero Teresa rió, como no lo hacía hace meses. Y Felipe, con los ojos brillantes, supo que estaba construyendo algo más que recuerdos: estaba sembrando dignidad.

En la comunidad, cuidar es revolucionario. Cuidar, sin importar etiquetas, sin contratos sociales, sin herencias prometidas. Felipe cuidaba porque amaba. Y en esa sala de hospital, donde la vida parecía diluirse entre tubos y horarios de visita, él hacía lo imposible: traía humanidad.

Una enfermera nueva preguntó una tarde por qué Felipe venía todos los días. Otra respondió sin dudar:

—Porque cuando se habla de amor, él es el ejemplo.

Y nadie volvió a preguntar.

Claudia Mella Rubio, Tomé

Tropelía

"Pi~peep; pi~peep" retumba en mi mente durante cada momento de lucidez, aun cuando la máquina de los tubos de mi garganta no está sonando.

Pienso que debería dolerme todo, pero solo siento el alma quebrada. No puedo moverme, pero oigo todo, y veo un poco el techo por lo entreabierto de mis párpados, a veces la pared, depende de para qué lado me muevan. Llevo un tiempo aquí, y ya reconozco sus voces. ¿Ellos lo sabrán? ¿Sabrán que estoy aquí, aunque no lo parezca?

Algunos me tratan con amor, a otros les tiemblan las manos, otros con indiferencia, otros se burlan. Uno mencionó que van a tener que incluir desmaquillante dentro del próximo pedido, mientras se reían. Al parecer, aún conservo algo de maquillaje en el rostro.

Siento mi barba crecida. La odio.

Nadie me ha visitado hasta ahora, quizá ellos también tienen miedo de terminar como yo.

La verdad es que no recuerdo nada, solo un retumbar en mi cabeza, haber caído al suelo, el sabor de la sangre, y ver pies a mi alrededor, y... sobre mí. ¿Mi ropa? Recuerdo haber andado con mi cartera favorita. Ojalá no se haya perdido.

Intento mantenerme serena, porque a momentos grito en mi cabeza intentando que mi boca se mueva, para que sepan que estoy aquí, que estoy viva, pero nadie parece oírme.

Alguien con dificultad entre tantos aparatos me limpia el rostro, y me quita la barba crecida, reconozco ese olor, y esa calidez. Una voz conocida le menciona que no lo lograré, que están haciendo todo lo posible, pero la golpiza que me dieron fue brutal; el daño en mi cuerpo es terrible: múltiples fracturas, un pulmón perforado, un hígado roto, unos riñones que han empezado a fallar, y un cerebro con cada vez menos actividad.

Escucho llanto, lo conozco; es mamá.

Mi alma quebrada parece soldar un poco gracias a sus manos, interpreto como reconciliación el que esté aquí ahora. Se culpa por no haberme criado bien, parece que aún no entiende que yo nací así, siendo una mujer en el cuerpo equivocado, que no es su culpa. Me lástima no poder abrazarla y agradecerle por estar conmigo. Me consuelo en su calor.

No me arrepiento, si pudiera volver el tiempo atrás, volvería a ser yo, a no esconder mi realidad, haría todo exactamente igual, porque cada herida de mi cuerpo es orgullo, orgullo a jamás haber bajado la cabeza, y quizá, mi pulmón perforado sirva para darle aire a otros para que griten sus nombres, sus identidades, y luchen, hasta que el respeto sea conciencia colectiva.

Quizá, si vuelvo a nacer, esta vez, sí nazca con útero, y no muera a manos de desconocidos, a manos de la homofobia. Me voy, orgullosa.

Vanessa Gutiérrez Sáez, Traiguén

Delicado

Jiménez nos sorprendió a todos al subir al escenario del colegio. ¿Qué se le habrá pasado por la cabeza como para atreverse? En ese tiempo a los que eran flacos y delicados, como él, no los dejábamos subir tranquilos a ningún lado. Pero su presentación nos cortó las pifias con la primera nota (pero al tocar la primera nota, se cortaron automáticamente las pifias). Es que era increíble, las copas de cristal musicales eran algo que solamente habíamos visto en las películas, ¡yo nunca había imaginado que podían sonar así en la realidad! Jiménez, muy serio, hacía flotar sus manos, apenas rozando los bordes de los cristales, y las copas parecían cantar como un (cual coro) coro. Nos dejó callados a todos, a alumnos y apoderados. Movimientos delicados, cristales delicados, sonidos delicados. Hasta que, al fin, rompiendo el sonido del cristal como un ladrillazo, uno de los papás padres la soltó: «...Si te lo digo. Este cabro debe ser maricón». El encanto se había roto.

Apresurándonos para no ser el que se quedaba atrás, todos sus compañeros comenzamos a gritar. «Maricón, maricón. Maricón a la vista», cantábamos.

A mí me pareció raro porque hasta hacía un momento todos estábamos como en trance al escucharlo, pero igual le grité. No sé si alcanzó a terminar su canción, entre los gritos y las pifias no lograba escucharlo.

Jiménez era delicado, tal como sus copas. Como un cristal muy fino, de los que cantan con tan sólo deslizarles un dedo por encima. Y nosotros ya hacía mucho habíamos descubierto cómo hacer sonar a Jiménez. Y cuando lográbamos que lo hiciera, era como si le hubiésemos ganado. Lo habíamos hecho cantar, sí, pero como nosotros queríamos.

Maricón, maricón.

A los alumnos de los colegios de hombres les cuesta olvidar cuando la agarran con alguien, y a Jiménez el asunto se le fue quedando pegado en apodos. Copita de cristal. Copita. El Copi. Te gusta el Copi. Ya po Copi, tócala. No seái maricón, Copi. Cómo no vai a saber tirar un pase, Copi. Cómo te vai a poner a llorar por eso, Copi, si fue un pelotazo, no más. A la hora del almuerzo, si alguien pasaba por el lado del Copi Jiménez, la norma no escrita era que tenía que pasarle el dedo con saliva por el borde del vaso. Un día yo también lo hice. No sonó a nada, al principio, porque era un vaso plástico, pero después sí sonó. Sonaba al Copi, que lloraba llorando.

El Copi era el único que se atrevía a llorar en los pasillos del colegio. A mí, en cambio, cuando me daban ganas de llorar me iba a encerrar al baño o me escondía en la parte de atrás de la capilla.

Al final se cambió de colegio el Copi Jiménez. Me lo encontré al año siguiente en un aniversario en el liceo de la niña que me gustaba. Lo descubrí arriba del escenario, tocando un metalófono con un talento difícil de describir; era como si una lluvia de cristales estuviera danzando. Después de tocar, las niñas del grupo lo abrazaban con un cariño que nunca ninguna habría tenido conmigo, y me dio entre celos y alegría por él. Me acerqué a saludarlo y Jiménez incluso me sonrió un poco. Eso fue lo último que hablé con él:

—Nunca he entendido por qué te hueveaban tanto, todos ellos —recuerdo que le comenté.

—Tú también lo hacías.

—Tampoco sé por qué —le respondí.

Jiménez se encogió de hombros y me miró a los ojos antes de explicarme, con una sonrisa triste:

—Porque tú eres ellos.

Esa frase me quedó rondando desde entonces. Yo era «ellos», sí, pero ¿cómo no serlo en un colegio como el nuestro?

A Jiménez lo volví a ver una sola vez, años después, cuando yo empecé a trabajar de Uber. No me reconoció y yo tampoco me animé a hablarle. Él había pedido mi auto porque es grande y podía llevar atrás su instrumento, un chelo enorme. Jiménez se subió con un cabro igual de bien vestido que él, y por el espejo retrovisor vi cómo él le tomaba a Jiménez las manos a Jiménez, todavía tan delicadas como cuando éramos niños, y se las besaba. Los dejé en la puerta de un condominio, y mientras Jiménez buscaba las llaves y su pareja le sostenía el enorme maletín, alcancé a ver cómo intercambiaban una sonrisa cómplice. Porque Jiménez sí se había atrevido a subir al escenario. Éramos nosotros los que no nos habíamos atrevido a ser sus espectadores.

S. Jorquera, Santiago.

Narrarse desde cero

Ser trans en una sociedad que no quiere entender, que se niega a respetar, que elige no informarse; es una batalla constante.

Es agotador tener que justificar tu existencia una y otra vez.

Explicar, corregir, trazarte frente a sistemas que se actualizan para todo, menos para ti.

Tener que enfrentar un sistema de salud que no alivia, sino que hiere.

Un sistema que insiste en interrogarnos como si nosotros fuéramos los expertos.

Nos preguntan sobre nuestras hormonas, nuestros cuerpos, nuestras decisiones.

Nos examinan como si fuéramos una amenaza para la medicina que aprendieron y que no quieren transformar.

Una excepción que ellos toleran, pero no comprenden.

Y ese constante juicio nos enferma, nos aleja, nos silencia, hace que lleguemos tarde.

Tarde a la consulta, tarde al diagnóstico, tarde a la cura.

A veces, tarde a la vida.

No por irresponsables, sino por miedo, por vergüenza, por el cansancio de tener que narrarse desde cero cada vez;

de convertirnos en educadores de quienes deberían educarnos, darnos respuestas;

de soportar el rostro, el gesto, el suspiro, la duda.

Nos enfermamos más por el juicio en sus miradas que por lo que traemos en el cuerpo.

Ser profesional de la salud y ser trans es aún más agotador.

Es tener que mirar a los ojos la injusticia, la falta de compromiso, la falta de información.

Es luchar solo contra una falencia que todos ven, pero de la que nadie –además de nosotros mismos– se quiere hacer cargo.

Julían Maximiliano, Cañete.

Turno Extra

Pamela tiene treinta y tantos, es ordenada y meticulosa, de pensamiento más bien concreto, realista. TENS hace 10 años. Ha cambiado de trabajo y ciudad muchas veces. Mala suerte en el amor “dicen” ... Soltera. Vive sola. Tiene un gato.

Francisca, cuarenta años. Médica. Divorciada. Un hijo adolescente, no da problemas. Odia las noches de turno. Lectora insaciable, cinéfila, fumadora.

Ambas coinciden en un turno extra. Entre café y pacientes se conocen, después conversan, intercambian números de teléfono, se miran. Se ríen.

Conversaciones eternas. Sugerencias de películas y libros. Datos de descuentos y ofertas. Las novedades de la moda y la farándula chilensis. Chistes, memes y stickers. De amigas. Prometen verse un día después del trabajo.

Nuevamente coinciden en la pega. Esta vez hay más miradas. Sonrisas nerviosas y cómplices. Francisca piensa que ya no es tan malo trabajar de noche. Pamela la pasa bien.

De repente Francisca extraña a su nueva amiga. De repente Pamela se acuerda de la doctora muy a menudo.

Luego de varias semanas de coqueteo concretan “la salida” e inician un viaje inmenso. De amistad, de compañía, de miedos.

Fueron el comidillo y chisme del mes...la vergüenza de sus familias, las ovejas negras, descarriadas y perdidas. Las lelas, las marimachas, las camioneras, las tortilleras... y el mejor de todos...” las sáficas “.

Y como todo pasa, y este país no tiene memoria desde que tiene memoria...también pasó la novedad y el escándalo inicial.

—Nos acostumbramos a la diferencia. —Decía una colega.

—Son buenas personas. —Decía otra funcionaria.

—Ya no hay respeto por nada. —Dijo la más cristiana.

Lejos de todo alboroto. Lejos de tantos chismes y comentarios malintencionados. Lejos de tanto sacrilegio. En la placidez del hogar. La cena exquisita. El florero con flores. Y entre cojines y almohadas de muchos colores.

Pamela y Francisca eligieron ser felices.

Jonathan Delgado H.

CAPÍTULO 3

Cuerpos que
importan, voces
que irrumpen



*“Nombrarse es resistir.
Existir con orgullo es
escribir contra el olvido.”*

La noche que cambió todo y la historia de Mateo...

Era una noche de verano en la ciudad, y el club nocturno "La Luz" estaba en pleno apogeo. La música retumbaba y la gente bailaba con entusiasmo. Entre la multitud, había un joven llamado Leo, que había estado luchando con su identidad sexual durante mucho tiempo.

Mientras bailaba con sus amigos, Leo conoció a un chico llamado Max, era un bailarín increíble y su sonrisa iluminaba la pista de baile. Leo se sintió atraído por Max de inmediato, pero estaba nervioso por acercarse.

Después de un rato de bailar juntos, Max se acercó a Leo y le preguntó si quería tomar un trago con él. Leo aceptó, y mientras charlaban, se dieron cuenta de que tenían mucho en común.

La noche avanzó, y Leo se sintió cada vez más cómodo con Max. Comenzaron a bailar juntos de nuevo, y esta vez, fue diferente. La conexión entre ellos era palpable, y Leo se sintió aceptado y comprendido.

Esa noche sintió que podía tener un nuevo comienzo, uno donde podía ser el mismo.

Después de esa noche, Leo y Max se convirtieron en inseparables. Leo finalmente se sintió libre para ser él mismo, y su salud mental comenzó a mejorar. La aceptación y el apoyo de Max le permitieron vivir una vida más auténtica y feliz.

La historia de Leo y Max es un recordatorio de que la conexión y la aceptación pueden cambiar vidas.

Marisela, Osorno.

La historia de Mateo y su camino hacia la salud mental

Mateo había estado luchando con su salud mental durante mucho tiempo. La ansiedad y la depresión lo habían estado afectando, y no sabía cómo manejar sus emociones. Un día, mientras estaba en terapia, Mateo se dio cuenta de que parte de su estrés se debía a la falta de aceptación de su orientación sexual.

Mateo se identificaba como gay, pero había crecido en un entorno conservador que no aceptaba su identidad. La presión y el miedo a ser rechazado lo habían llevado a ocultar su verdadera naturaleza.

Con el apoyo de su terapeuta, Mateo comenzó a trabajar en su autoaceptación. Aprendió a manejar su ansiedad y a encontrar formas de expresar su identidad de manera auténtica.

Mateo conoció a un grupo de apoyo LGBTQ+ en su comunidad, donde encontró personas que compartían sus experiencias y sentimientos. Allí, conoció a alguien especial llamado Julián, con quien conectó profundamente.

Con Julián a su lado, Mateo se sintió más seguro y aceptado. Su salud mental comenzó a mejorar, y encontró formas de manejar el estrés y la ansiedad.

La historia de Mateo es un recordatorio de que la autoaceptación y el apoyo pueden ser clave para mejorar la salud mental.

Marisela, Osorno.

De la ninfomanía a la asexualidad, un paso

A veces creo que sí, a veces creo que no
Son más de 10 años ya sin sexo
Estoy creyendo que sí, ya soy
Xenofobia no es
Una vez me creí ninfómana,
Antes cuando era una lola joven
Logré superarlo y ahora soy la A en la LGTBIQA+

En mis días de sexomanía, era incontrolable, no necesitaba estímulos extras, mi mente y cuerpo reaccionaban al menor susurro. Desde muy temprana edad comencé mi vida sexual, siendo aún una niña descubrí la pornografía, y me quedé atrapada ahí. Buscaba estar sola para descubrir más pornografía, me leí una y otra vez los play boys de mi papá, luego descubrí videos y películas, las vi una y otra vez. En mi hogar si había porno y mucho.

A mis 16, viví mi primer encuentro sexual, con un compañero de colegio, nos besamos y nos tocamos. Estábamos en su casa compartiendo con un grupo de amigos. Yo andaba con la regla, obvio no di pase a más.

Unos días o meses después, un hombre mucho mayor que yo supo aprovechar a esta lolita y fue mi primera vez. En un lugar público, en el suelo, con jumper de colegio y con miedo a que nos atraparan.

Ese hombre mayor, el profe de historia, un hombre rata, no pagaba para tener sexo, prefería engrupirse a sus alumnas, le salía fácil, le salía barato, y mucho mejor, con lolitas de piel suave.

Años más tarde, descubrí el sexo con amor, deseo, lujuria. Ese estupor, esa vibración de piel de gallina, sólo los he sentido ahí. Aprendí a amar y ser amada, me enamoré de un hombre que se enamoró del sexo conmigo, pero, para vivir y formar hogar, se fue con otra mujer muy opuesta a mí. Desde entonces ya no hay más amoríos, desde entonces...

A S E X U A L por opción.

A S E X U A L como forma de protección.

A S E X U A L por miedo a sentir o no sentir.

Sol.

Manual para respirar sin pedir disculpas

La valentía no siempre se ve como en las películas, a veces es más bien esa cosa minúscula pero feroz que te hace insistir en usar tu nombre social en una ficha clínica, aunque te digan y repitan que no se puede. A veces es seguir respirando cuando te sientas frente a una profesional que nunca aprendió a mirar más allá de dos géneros y una norma. Es también la risa nerviosa que sueltas cuando sales de esa consulta y piensas: "Bueno, sobreviví otra vez".

Ser parte de las disidencias es como habitar un glitch en el código fuente de lo normal. Estás ahí, sí, pero el sistema se comporta como si no. Así que te ves obligado a crear parches, líneas de comando existencial: nombrarte como quieres, amar sin el algoritmo oficial, sostener a otros con manos que tiemblan, pero no sueltan. Todo para no colapsar en un mundo que parece diseñado, y compilado, para que no estés.

A veces la ficción dice lo que no se puede decir en primera persona. Tal vez escribas sobre una mujer que escapa de su casa con una receta psiquiátrica en el bolsillo y un deseo inmenso de que alguien, cualquiera, le diga: "No estás rota, no te tires". O sobre un enfermero que se disfraza de indiferente, pero guarda caramelos en un frasco para dar a quienes tiemblan de miedo en sus propias urgencias.

Gracias a quienes, sin que nadie les pida permiso, hablan fuerte, no solo por el despertar, sino también por resistir con esa intensidad que incomoda, y te cuentan historias de quienes les enseñaron que amar también puede ser un acto técnico, como quien afina una cuerda.

Otros se encuentran en la retirada, esperando ser una sala que ya no cuesta entrar, una puerta que no se tranca o un espacio para todos. Los cambios llevan su nombre en silencio, como si la ausencia fuera, en algunos casos, la forma más estable de quedarse, de sentirse parte.

Contar esto es una forma de salvar algo. Aunque sea una versión distinta de nosotros mismos. Aunque sea para decirle al mundo, y también a quienes vienen después, que estar cuerdo o cuerda es un acto profundamente cruel contra ti mismo si es solo para vestir tus miedos. Y que la salud, la de verdad, empieza cuando dejamos de fingir que todo está bien y nos damos permiso para narrar.

Porque narrar, en el fondo, es un acto desesperado de ordenar el caos, un intento por bordear lo innombrable sin aspirar a alcanzarlo. Y cuidarnos, cuando todo alrededor insiste en que no merecemos cuidado, es casi obsceno en su ternura: como responder con una caricia en una guerra de cuchillos. Cuidarnos es resistir no con gritos sino con el compromiso paciente de seguir aquí, entre las ruinas, con los nombres propios intactos. Y la memoria sonando, como eco de todo lo que no nos dejaron decir.

"Ser disidente no es romper una norma, es hacerla visible."

Francisco Davila Fuenzalida, Iquique.

Disidente

Caos y batalla,
Llegas a mí, para enervarme y desmembrarme en tus sombras.
Compite a ganar,
Muestra su fuerza, me marcaras con cicatrices,
Pero yo,
Con mis mejores movimientos te destruiré,
En una contienda colosal.
Amárrame con tus brazos,
Redúceme con tus piernas, funde tus dedos en mi existencia,
Rómpeme, hazme trizas y pues como el ave fénix, resurgiré.
Que tiemble el mundo,
Que supliquen por paz,
Descontrolare a la locura de lo racional,
Romperé el cristal de la vida.
Aniquilaré mi persona,
Y a cada una de las máscaras que están solo para encajar en la enferma sociedad.

Bicho Raroh, Contulmo.

El mismo viento, distinto color

Sentado en la terraza de su casa, en su viejo sillón de mimbre, don Ernesto observaba el desfile del Orgullo en la televisión. Afuera, en la plaza del barrio, también se oían risas, música y algunos aplausos. El mes de junio traía consigo una energía distinta, una que a él, enfermero jubilado de toda una vida, le despertaba más preguntas que juicios.

—Tantas cosas han cambiado —dijo en voz baja, con una sonrisa serena—. Y sin embargo, todo se siente igual.

Apoyó las manos sobre sus rodillas y pensó en sus años en el hospital. Había visto de todo: el temor con el que algunos pacientes vivían su identidad, las miradas duras, el silencio obligado. También había visto el cambio lento, casi imperceptible, cuando poco a poco se empezó a hablar de diversidad sin susurrar.

—Cuando empecé a trabajar, un hombre llorando por otro era escándalo. Hoy es amor. Antes, una auxiliar trans tenía que esconder su nombre. Hoy, caminan por los pasillos con su identidad al frente. ¿No es eso también sanar?

Se sirvió un mate, como cada tarde. Miró su reflejo en la ventana, más canas que cabello, más tiempo detrás que por delante. Pero no con tristeza. Con paz.

—Mi padre se escandalizaba si un vecino se dejaba el pelo largo. Yo me incomodé cuando mi hijo me dijo que amaba a otro hombre. Y hoy... me doy cuenta de que el mundo cambia para seguir siendo humano.

Volvió la mirada a la televisión. Una pareja joven se besaba en medio del desfile. Gente aplaudía. Ernesto sonrió.

—El cambio no es de ahora —dijo, como quien le habla a sus recuerdos—. Es de siempre. Solo cambia la forma. El corazón detrás es el mismo: querer ser uno mismo sin tener que pedir perdón.

Y mientras la tarde caía sobre el barrio, don Ernesto se quedó en su sillón, el mate entre las manos, y la sensación clara de que, después de todo, también él formaba parte de ese arcoíris que nunca deja de crecer.

Elías, Castro.

CAPÍTULO 4

El lenguaje secreto del cuidado



*“En un mundo que descarta,
cuidar es un acto
de insurrección.”*

Nuestro lugar de encuentro, el Hospital

El caminar por las calles de Santiago se había vuelto algo bastante extraño, muchas veces me sentía solo, era una ciudad repleta de gente, pero el miedo nos había aislado. La ciudad se volvía desértica cuando iniciaba el toque de queda, una medida que estaba destinada a reducir el número de contagios. No tuvo tal efecto en mi familia. El COVID se llevó a mis abuelos y, de pasada, dejó a mi madre hospitalizada desde hace una semana.

Muchos de los días que esperábamos por información, sentía una opresión en el pecho, algo me decía que mamá no saldría con vida del hospital.

Me recriminé todo este tiempo por no contarle mi realidad. Había vivido en un mundo inventado, sin ser feliz por el miedo de defraudar a mis padres o por miedo de que me podría pasar, la gente podía ser muy cruel. Solo me preguntaba si podría hablar una última vez con ella. Entrar a visitarla era casi imposible, las medidas para reducir el contagio eran extremas, era más probable hablar con los familiares a través de una video llamada.

En estos momentos que pasaba en la sala de espera, me preguntaba si debería haberle contado todas las veces que me dijo que podía hablar con ella de cualquier cosa, que ella me amaba como era y no importaba si me gustaban los hombres o las mujeres, lo importante para ella era que yo fuera feliz, pero el miedo siempre me paralizaba en esas situaciones y siempre respondía “mamá nada que ver, creo que estas mal interpretando las cosas” y terminaba por cambiar el tema o decirle que estaba ocupado.

Cuantas veces necesite solo un abrazo de mi mamá y unas palabras de consuelo: “estoy aquí para ti”. Es la persona más importante en mi vida, no sé qué haría si ella se fuera. Miles de pensamientos se arremolinaban en mi cabeza.

Recuerdo que esa noche, estuve muchas horas pensando en que haría si mi madre partiera, me fue imposible conciliar el sueño, hasta que finalmente creo que caí dormido. Desperté cuando sentí que alguien me tocaba el pelo, me levanté muy asustado hasta que vi que era mi mamá quien me hacía cariño en mi cabeza. Le pregunté cuando había salido del hospital, me dijo que ya estaba mucho mejor, que había podido salir para poder descansar en casa junto a sus familiares.

Yo estaba muy feliz de verla.

—Mamá tengo que contarte algo, quiero que sepas que, desde hace algún tiempo, supe que me gustan los hombres— le dije

Mi mamá sonrió y me abrazó,

—Siempre lo he sabido hijo. Solo estaba esperando que tú me lo contaras, tú sabes que yo siempre estaré aquí—y mientras lo decía, me tocó el pecho. Sentí un calor muy agradable y la abracé como si no existiera un mañana.

—Mamá por favor no me asustes más de esta forma, yo no puedo vivir sin ti—eso le dije, y la volví a abrazar. Traté de conservar su olor y su calor en mi memoria, este momento sería un lindo de recuerdo que me acompañaría por toda la vida.

Mi mamá me dijo:

—Yo estaré siempre contigo en tus recuerdos y en tu corazón. Jamás te dejaré, solo debes ser feliz y mostrarle al mundo que no importa a quien ames, independiente de su sexo, ni como expreses el amor. Lo único que importa es que el amor puede vencer todas las barreras y puede destruir el odio que reina en este mundo. Te amo hijo, nunca olvides, y recuerda disfrutar cada día como si fuera el último.

Me levanté de la cama, fui al baño a buscar unos pañuelos para secarme las lágrimas y, cuando volví, mi mamá se había ido. La busqué por toda la casa y solo encontré a papá en el comedor, llorando desconsoladamente.

En ese momento entendí que mamá había venido a despedirse de mí.

Manuel González, Santiago.

La letra que cambia el mundo

Era la noche del 24 de junio de 2024, y el hospital dormía en su ajetreo constante. Yo estaba de turno con mi equipo, cuando de pronto una cesárea de emergencia sacudió la rutina. Corrimos a preparar todo, y entre el ir y venir, apareció una matrona de paso firme, cabello corto y mirada decidida. Se presentó con una voz clara: "Hola, soy Valentine".

Asentí, pero algo en mi cabeza hizo ruido. ¿Valentine? Pensé que debía haber dicho "Valentina". Me debatí en silencio de como registrar su nombre mientras llenaba los registros clínicos. Al final, escribí "Valentina", aunque con una "a" que, quizá inconscientemente, dejé abierta, casi como una "e".

Más tarde, cuando todo se había calmado, Valentine se me acercó con amabilidad. "Gracias por el apoyo", dijo. Y luego, con una sonrisa serena, agregó: "Por cierto, mi nombre es Valentine, así tal cual. Es importante para mí que se respete".

Sentí una punzada suave, no de culpa, sino de aprendizaje. Esa letra, esa pequeña letra, no era un error: era una identidad. Era la historia de alguien que, con coraje, vivía su verdad en un mundo que a veces escribe mal los nombres por costumbre o por miedo a preguntar.

Esa noche comprendí que respetar cómo una persona se nombra es un acto profundo de humanidad. Y que cada letra, por pequeña que parezca, puede ser un puente hacia un mundo más justo para todas las identidades y disidencias.

Auroras Australes, Puerto Natales.

No estas solx, estoy aquí para ti

Hoy como sociedad vivimos en tiempos difíciles, donde siento que se ha perdido el respeto al otro. Debemos tener en cuenta que todos somos distintos y dentro de esa diferencia, debemos respetarnos.

Por supuesto que podemos pensar distinto, ver la vida de otra forma, pero no por eso voy a generar una escala que solamente discrimina entre unos y otros.

Ignacia era una niña que desde pequeña vio situaciones de violencia en su casa, vio como ese RESPETO no se ejercía de ninguna forma. Por eso desde muy pequeña se ha preocupado de poder recalcar la importancia de respetarnos y aceptar todas nuestras diferencias como algo positivo.

Al crecer, se relacionó con otras personas y dentro de ese grupo había personas lesbianas, nunca había estado tan cerca de ellas, y la verdad es que para ella Ignacia no había diferencia, las personas eran las mismas, solamente que su afinidad amorosa era distinta a la de ella.

La primera complejidad la tuvo al querer llevarlas a su casa, donde su padre se rehusaba a recibirlas, le decía que no se juntara con esas niñas “extrañas”, es ahí donde se generaban discusiones, muchas veces bien acaloradas, ya que Ignacia no entendía esa falta de respeto, por otro lado, luego entendió de quien venía, su padre era una persona que no respetaba a nadie, ni siquiera a su mamá.

Un día quiso hablar con una amiga y le preguntó, cómo ella se dio cuenta que le gustaban las mujeres y ella le comentó que jamás se había sentido atraída por los hombres, que siempre se fijó en las niñas y que le costó años poder reconocerlo y decirlo, pero que cuando lo hizo se sintió libre. Ella explicaba que era muy privilegiada ya que su mamá siempre la ha apoyado y eso ayudó mucho en todo su proceso. Por otro lado, le consultó si se ha sentido discriminada y le respondió que si, que la sociedad es muy dura, más para una persona como ella; grande y lesbiana. Le comentó cómo la misma sociedad o sea nosotros mismos (se repite la palabra) generamos estereotipos generalizados de cómo deben ser “las mujeres” y “los hombres” pero que pasa para los que no se identifican con esos estereotipos, quedan excluidos y son mirados como “raros”.

Es ahí donde Ignacia entendió la importancia de la educación y cómo debemos construir una sociedad donde el RESPETO esté siempre más allá de cómo es la persona, del nivel socioeconómico que tenga, de su color de piel, etc. Lo importante es respetarnos como seres humanos. Educar a los jóvenes es fundamental, para seguir construyendo un futuro mejor, luego de todas sus reflexiones decidió abrazar a su amiga y dijo: no estás sola, yo estoy aquí para ti.

Javiera Klein, Melipilla.

Un abrazo al corazón

En la puerta de su sala pidió que le escribiera sólo su nombre y el apellido de su madre. El solía estar siempre de mal humor y se corrió la voz entre compañeros que lo mejor era dar darle sus medicamentos y controlarlo en silencio. Para mí es muy difícil no entablar una conversación con el paciente mientras realizo mi trabajo, así que un día me decidí a romper esa barrera y comencé a hablar, al principio fue un monólogo ya que él no se interesó en participar, pero poco a poco fue cediendo y en un turno de noche expresó que le ponía contento que yo estuviese ahí.

Con más confianza, me confesó que desde niño se sintió discriminado por su condición sexual y que muchas veces fue golpeado por su padre, que en su ignorancia le repetía que debía ser un verdadero hombre. Esto lo llevó a qué en su adolescencia dejara su hogar y la calle lo condujo a prostituirse. Fue así como contrajo una serie de enfermedades por transmisión sexual y como consecuencia, sintió mucho más el rechazo de la sociedad. Su corazón desde entonces se hizo duro para estar preparado ante cualquier tipo de amenaza...

Al pasar los días, ya no era necesario buscar tema con él, ya que parecía estar preparado con todo lo que me quería relatar, y logré sacar una carcajada más de una vez, alguna carcajada con historias que yo le inventaba para alegrar sus días. Cuando llegó el día de su alta hospitalaria, se despidió de mí diciendo que agradecía a Dios el haberme puesto en su camino y yo lo despedí con un abrazo, él me apretó fuerte y me susurró emocionado un "gracias por todo" desde su corazón.

Lucrecia Soto, Rancagua.

De la más honorable visita

De la más honorable visita
Había llegado al Centro de Salud,
desapercibida, como un usuario más:
pero su porte, su elegancia y plenitud
tocaron todo a su paso, elevando la faz.

Al verla de lejos, los auxiliares
parecen haberla reconocido bien.
Los pacientes sacaron los celulares
mientras se entregaban a los TENS.

Los kines observaban su andar,
se decían: Su caminar es perfecto.
Las matronas pensaban: su amar,
su maternidad supera el intelecto.

Al avanzar por los luminosos pasillos
se encontró con los doctores de turno,
y al cruzar las miradas desde sus rabillos
ellos sintieron que volaban a Saturno.

No era el mandatario de la República,
tampoco la presidenta de la Cámara;
mas encarnaba la confianza y fe pública
más que la más querida y fuerte cábala.

No era la ministra del Ministerio de Salud,
no, la verdad, era quien concibió a la Igualdad,
una niña que crece y nunca llega al ataúd,
pues proclama: ¡Hoy, aquí, mi madre, doña Dignidad!

Bajo su universal chamanto beige
cubre al plebeyo, tratándolo como rey.

Cilántropo, Santa Cruz.

Un espresso italiano

— Muchas Gracias por acompañarme este café, mientras esperamos a la Andre, amigo.

— ¿Y cómo no? Siempre presente, amigo, como ustedes lo han estado para mí. Hasta en mis momentos más oscuros.

— ¡Uf! me desbloqueaste esos recuerdos ¿cuánto pasó? Ni el estallido ocurría. Me acuerdo y me angustio un montón. Cuéntame, por favor, quiero entender cómo pasó.

— No hablo tanto de eso, pero eres mi amigo. Me conoces, y no soy de entregar mi corazón fácil, pero esa vez, me enamoré. Me dejé embelesar por una linda sonrisa, y un verso ligero y promesas de cariño. Así partió todo.

— Fue algo fulminante, y apasionado, como tú.

— Intenso como este café de grano. Lo quise endulzar, pero igual fue amargo, y me terminé quemando. Yo confié y me entregué, como buen escorpio enamorado. Dejé una ciudad tranquila y un buen sueldo para adentrarme en una ilusión llena de amor.

— Te vimos embalado. Él nunca nos cayó bien, lo encontramos falso desde un comienzo, pero te hacía tan feliz, como nunca te habíamos visto, que preferimos callar.

— Dejé pasar varias cosas, y eso es algo raro en mí. Una vez me golpeó porque pillé otra infidelidad más. Después de 3 años, me armé de valor, y pude echarlo del departamento...

— Amigo...cuánto lo lamento. ¿Él te dañó? ¿Él fue quien te contagió?

— ...Sí, él fue.

— ¿Y cómo te enteraste?

— De la peor manera. Una noche, luego de otra discusión, no toleré sus insultos y le pedí que se fuera. Se fue furioso. Me dijo de todo, rompió las cosas. Tiró por el décimo piso nuestra foto juntos, esa luego de tatuarnos los nombres. Lo vi diluirse por el pasillo, volteó y me lanzó, como saeta certera: "Nunca te quise, y ya no podrás amar a nadie. Jamás. Estás perdido". Ahí sentí que mi corazón se encogía y se secaba como un higo viejo. Comenzó de a poco, como una piedra desprendida en una montaña nevada hasta un alud de malestares y medicamentos, que después no pude controlar. Así, llegué a internarme, justo para tu cumpleaños ¡Tremendo regalo que te di!... De lo poco que recuerdo, es la imagen de ustedes dos al lado de la cama.

— Fuimos todos los días. Te acariciábamos la frente y las manos. La Andre te peinaba con los dedos. Te hablábamos, aunque no nos podías ver, sabíamos que nos ibas a escuchar. Las enfermeras siempre nos dejaban verte, aunque fuese un ratito.

— ¡Esas chiquillas! ¡tan lindas!, fueron mis ángeles. Y estas cicatrices me recuerdan día a día por lo que pasó y de dónde vengo.

— Amigo, sea lo que sea que hayas vivido, tuviste la fortaleza para sobrepasarlo, renacistes, y ahora estás aquí, conmigo, tomando este café... Y a él ... ¿Ya lo perdonaste?

— Decidí amar. La vida me dio otra oportunidad, y no puedo más que vivirla con amor. Pude no haber estado aquí, pero estoy, y trato de amar...Este momento, a todos los que no me abandonaron, los amaré. Al resto, los perdono, porque perdonar es un acto de amor.

— ¿Qué sería de nosotros sin ti, amigo querido? no puedo ni llegar a imaginarlo—Suenan el teléfono y lo toma — ¡Oh! Es la Andre...Ya está libre. ¡Vamos!, pide la cuenta.

Se levantan los dos amigos, y antes de perderse entre la vorágine de la multitud, dan un último sorbo al brebaje, que resultó ser el más dulce de todos, por la azúcar decantada al fondo de esta historia, en esa tacita blanca que una vez fue refugio de un aromático, sedoso e intenso espresso italiano.

Miguel Ramírez López “PsicóLofi Coffee”, Iquique.

CAPÍTULO 5

Entre lo real y lo mágico



*“Lo fantástico nace donde la
realidad fue demasiado dura
para habitarla sola.”*

Donde floren dos lunas

Había una vez dos mujeres que se amaban.

Se abrazaban con el deseo de criar, de matenar, de llenar su casa con risas y llantos de bebé.

El camino no fue fácil: hubo esperas, intentos, lágrimas y fuerza.

Pero también esperanza. Porque la fecundación asistida no sólo es ciencia, es puente.

Un puente que une el amor con la posibilidad.

Y un día, ese sueño latió por primera vez en una ecografía.

No era solo un embarazo.

Era la materialización del deseo, del amor que se volvió cuerpo y nido.

Cuando su hija nació, trajo consigo dos lunas en los ojos.

Y cada llanto fue medicina, cada risa fue sanación.

Porque toda maternidad profundamente deseada, cura.

Porque todas las familias que crían con amor, importan.

Porque la risa de una hija puede llenar vacíos que el mundo no quiso ver.

A todas las que han soñado con matenar, este cuento es para ustedes.

Amanecer, Lonquimay.

El secreto de los tulipanes

Cada tarde, Javier caminaba por un campo lleno de tulipanes, justo al borde del pueblo donde nadie preguntaba demasiado. Allí, lejos del murmullo, se sentía libre. A veces llevaba audífonos, otras simplemente cerraba los ojos y dejaba que el viento le acariciara el rostro.

En ese mismo campo, conoció a Pedro: Alto, reservado, con una cámara colgada siempre del cuello. Al principio, compartían silencios, luego, risas. Después, historias. Pedro nunca preguntó por qué Javier evitaba el centro del pueblo o por qué sus padres fingían no verlo en público. Simplemente lo acompañaba.

Una tarde de septiembre, Pedro le pidió a Javier tomarse una foto juntos. No una selfie estereotípica, sino una de esas donde corren de la mano al lado del otro, justo antes del disparo. Fue la primera vez que Javier se atrevió a tomarse una foto con alguien en aquel campo. Pedro se la mostró en la pantalla: ambos sonriendo, con los tulipanes al fondo como un mar morado.

—Quiero mostrarle esto a mi madre —dijo Pedro, bajando la cámara—. Quiero presentarte como mi pareja.

Javier se quedó en silencio. Luego asintió, con una mezcla de miedo y ternura. Pedro le acarició la mano con discreción. “Ya es hora de vivir sin esconderse”, pensó Javier.

Pasaron los días y Pedro no volvió al campo. Javier esperó una semana, luego dos. Nadie en el pueblo sabía quién era Pedro. Ni un apellido, ni una dirección. Solo esa foto como prueba de que existió.

Un mes después, Javier fue al mercado y vio una revista de arte local. En la portada: el campo de tulipanes. En el centro de la imagen, Pedro y Javier, abrazados. El titular decía: “La obra póstuma de Pedro Ortíz: el fotógrafo que dejó huella en imágenes y en corazones”.

Javier leyó el artículo, atónito. Pedro había fallecido dos años antes, en un accidente en otra ciudad. Su última serie de fotografías, “Imaginarios”, mostraba escenas de amor que nunca pudo vivir. Una de ellas, con un joven entre los tulipanes.

Javier miró la foto otra vez y supo que esta historia recién comenzaba.

Rodrigo Ortega, Talca.

Hiedra

La primera vez que se vieron, fue en una librería húmeda por la lluvia de abril. Camila hojeaba un poemario de Alejandra Pizarnik, cuando Luisa le preguntó si podía leerle en voz alta. Desde ese instante, se volvieron inseparables: cafés en terrazas escondidas, caminatas nocturnas sin rumbo, y bailes torpes en la cocina al ritmo de Taylor Swift.

Camila decía que "Ivy" era su canción. La cantaba bajito mientras pintaba, mientras lavaba los platos, mientras abrazaba a Luisa por detrás en la cama. "Your ivy grows and now i'm covered in you," murmuraba. Luisa siempre se reía, pero en secreto, grababa cada una de esas escenas con los ojos del alma.

Se fueron juntas a la playa un fin de semana cualquiera. El cielo estaba claro, y el auto lleno de planes para el futuro: una casa, un perro, y tal vez, algún día, una hija.

Nunca llegaron.

Un camión cruzó en rojo, y el mundo se partió en dos.

Luisa despertó tres días después, con el pecho aplastado por una ausencia. Camila no sobrevivió.

Desde entonces, cada aniversario, Luisa vuelve sola a la librería, lee en voz alta a Pizarnik, deja una flor entre las páginas, y susurra la letra de "Ivy". Dice que aún la siente, como una enredadera, viva, creciendo entre las grietas de su corazón roto.

Rodrigo Ortega, Talca.

Código 87x

—Busca más rápido que nos atrapan—me dijo Sia.

—Lo hago lo más rápido que puedo— le respondí, mientras buscaba entre todos esos archivos.

De pronto vi, uno que decía “Protocolo de Sanidad Genómica Global”, lo abrí y dije:

—Sí, ¡aquí! Mira— susurrando.

Sia giró y con mucha rapidez comenzó a revisar.

—¿Qué estamos buscando específicamente? —Le pregunté.

—El Archivo Rosa —me comentó, mientras seguía buscando como quien se introduce dentro de la computadora— ¡BINGO, lo tenemos ahora a correr!

sacó el chip del computador mientras me toma de la mano y corremos por los pasillos del edificio en busca de la salida. Mientras avanzábamos se escuchan por los altavoces: <<CODIGO ROJO, INTRUSOS EN EL EDIFICIO, CIERRE DE PUERTAS>>.

Nosotros seguimos escaleras abajo en dirección a la salida de emergencia, sintiendo los pasos de los guardias que nos persiguen. Cruzamos la puerta y tras de ella en la calle, nos esperaban Mia y Trix. Subimos a su auto y con mucha velocidad salimos, yo miro hacia atrás y no nos seguían. — ¡lo logramos! — les dije, —este es el primer paso a la libertad, pero aún no ganamos— me dijo Trix.

Llegamos al cuartel de Liberx87, donde nos encontramos con todo el equipo coordinador de la red.

Sia conectó el disco del Archico Rosa al sistema del cuartel. Todas las miradas se concentraron en la pantalla mientras los datos comenzaban a salir, eran miles, millones de ellos.

—¿Esto es... toda la información genética original? —preguntó Mia, con los ojos fijos.

—Si —respondió Sia—. Antes de que el gobierno los modificara. Aquí están las verdaderas identidades de quienes fuimos, antes de que alterasen nuestros genes para ser “perfectos”, antes de que decidieran que las “tendencias disidentes”, como una identidad sexual y de género no heteronormada, eran un “riesgo”.

Un silencio dominó la sala. El peso de la historia reprimida, de las vidas que pudieron ser y no pudieron, llenó el aire.

— ¿Y ahora qué hacemos? —, pregunté mientras me temblaban las manos. Trix se acercó a la mesa y conectó un puerto universal al computador —Esto no se queda aquí. Esta noche, lo difundiremos en cadena global. Vamos a filtrar lo que el mundo olvidó: la diversidad nunca ha sido un error, el error fue borrarla.

Pero justo en ese momento el sistema lanzó una alerta “Interferencia detectada, dispositivo externo intentando tomar el control. Origen: Ministerio de Genética”.

—¡Nos encontraron! —gritó alguien. Las luces titilaron. Un zumbido eléctrico llenó la sala. Y comenzó a gobernar el caos en el grupo.

—¡No hay tiempo que perder! —grito Sia —Si nos buscan, que nos encuentren siendo verdad. Y presionó “Transmitir”

La señal se espació como una onda sísmica. La historia volvió a nacer. Y el mundo, aunque aún no lo sabía, acababa de despertar.

Nova, Araucanía.

CAPÍTULO 6

Gotas de tinta



*“A veces, una gota
basta para
abrir una grieta.”*

El misterioso joven

Aquella noche, la habitación estaba bastante oscura. La luna era la única que iluminaba la casa. Desperté porque estaba sediento, pero algo me dijo que debía mirar por la ventana. Me levanté un tanto asustado, pensando en que no había sabido nada de Alan, mi novio quien estaba en una excursión que duraba tres días, en los cuales no tendría señal. Esperaba poder saber de él prontamente.

En ese mismo instante quedé petrificado: en el jardín había un joven. No podía distinguir su rostro, pero algo en él me pareció familiar, cerré los ojos, pensando que era una ilusión. Al abrirlos, ya no estaba.

La siguiente noche pasó lo mismo. Por la ventana me miraba el joven con mucha nostalgia, apuntando en dirección a la pequeña casa que teníamos en el árbol.

La noche siguiente apareció nuevamente, así que decidí seguirlo. Estaba aterrado, por lo que me detuve antes de salir de la casa. Miré por la ventana, y ya no estaba el joven. Salí con el bate con el que Alan jugaba béisbol.

Avancé mirando en todas las direcciones. Quería saber qué ocultaba, qué había en la casa del árbol. Subí... y quedé sin palabras, sin poder moverme. Había un cuerpo inerte, sin vida, en el piso. Me acerqué para examinarlo: era Alan.

Manuel González, Santiago.

El ángel de mis sueños

—Debes creer en mí —le dijo el ángel, volando a unos metros de él.

Estaba profundamente enamorado de él. Se situó en la cornisa y, sin pensarlo, se lanzó.

Su amiga gritó con tanta fuerza que casi desgarró sus cuerdas vocales.

Estando suspendido en el cielo, abrazó a su amante y lo besó. Fue una sensación hermosa, que le llenó el pecho de un calor indescriptible y una electricidad que recorrió todo su cuerpo. El ángel desplegó sus alas, suspendiéndolo en el aire y lo abrazó, tal como él le había prometido.

Repentinamente, la danza con el ángel terminó y todo se volvió oscuridad.

Su amiga lloraba desconsoladamente mientras observaba el cuerpo inerte de Lian.

Manuel González, Santiago.

Atrapada

Abrí los ojos y solo pude ver oscuridad. Escuché voces desconocidas. Intenté moverme, pero mis manos y piernas estaban atadas. Pedí ayuda, pero el sonido fue apagado por la mordaza en mi boca.

Después de algunos minutos, logré liberarme de la mordaza y gritar pidiendo ayuda, tan fuerte que el automóvil se detuvo. La cajuela se abrió.

Un extraño encapuchado, con ojos llenos de maldad, me apuntó con una pistola, dejándome petrificada. Ningún sonido salió de mi boca. Los músculos se detuvieron por completo.

—Ustedes, las lesbianas, son una abominación. Deberían morir todas. Ya no te necesitamos —dijo el extraño.

Sonó el gatillo... y, al mismo tiempo, la alarma de mi despertador.

Manuel González, Santiago.

Mis últimas palabras

Se miró fijamente al espejo y, con lágrimas en los ojos, se dijo:

—Hoy será el último día que se burlarán de mí—

Salió hacia el colegio con una nueva resolución de vida. Había soportado muchas humillaciones y golpes por parte de sus compañeros, tanto por su orientación sexual, como por ser más femenino que ellos.

Había hablado con su novio y le había contado de esta situación. Él fue varias veces a defenderlo al colegio.

Ese día ya no podía resistir más. Su mirada había cambiado. Su actitud era diferente.

Esa mañana se despidió de su familia afectuosamente. Nadie entendía bien lo que sucedía. También llamó a su novio para decirle cuánto significaba para él y que siempre lo amaría. Él, tan desconcertado como todos, sólo atinó a decirle que lo amaba, y que no hiciera nada contra su vida, que siempre estaría ahí para apoyarlo y defenderlo.

Mientras estaba en el casino del colegio, se acercó a los estudiantes de su curso y los amenazó de muerte. Era su momento: hoy todo acabaría.

Sacó un arma de su mochila y los apuntó. Todos gritaron y corrieron. El caos se adueñó de esa tarde.

Entonces cambió la dirección de su mano: ahora el revólver apuntaba hacia su sien. Apretó el gatillo... pero nada pasó. Miró detenidamente a su mano... Era la pistola de juguete de su hermano pequeño.

Manuel González, Santiago.

Agradecimientos

Este libro no habría existido sin ustedes.

Gracias, de todo corazón, a quienes escribieron con coraje, con amor, con rabia, con ternura. A quienes compartieron sus relatos como se comparte algo sagrado: con la confianza de quien sabe que su historia importa. Gracias por abrirse, por nombrarse, por dejar en palabras lo que a veces apenas se sostiene en silencio.

A cada persona que acompañó este proceso —desde la idea inicial hasta el cierre del último documento—: gracias. Gracias por leer, por editar, por animar, por insistir. Por proponer, por revisar, por sostener cuando había dudas, por defender el sentido político de este trabajo.

A las compañeras y compañeros sindicalistas que apostaron por construir un libro que no es técnico ni neutro, sino profundamente humano, diverso y transformador. A quienes entendieron que la lucha por condiciones laborales dignas también se escribe con relatos como estos.

Gracias a quienes se emocionaron, a quienes se vieron reflejados/as/es, a quienes cuidaron cada etapa con compromiso. Este libro es colectivo, y en él hay pedacitos de cada una de sus voluntades.

Gracias por creer que narrarse también es resistir.

Con cariño,

Valeria Altamirano

Secretaria nacional de Igualdad de Oportunidades

Glosario

Diversidad sexo-genérica

Conjunto de identidades, orientaciones sexuales y expresiones de género que desafían la norma heterosexual y cisgénero. Incluye a personas lesbianas, gays, bisexuales, trans, no binarias, intersex, asexuales, entre otras.

Cuidado

Acción de atender, sostener y acompañar a otras personas, desde lo físico, emocional o simbólico. El cuidado puede ser remunerado o no, y es históricamente invisibilizado, especialmente cuando lo realizan mujeres y disidencias.

Salud integral

Perspectiva que entiende la salud no solo como ausencia de enfermedad, sino como un estado de bienestar físico, mental, emocional y social, condicionado por determinantes sociales, culturales y estructurales.

Trabajo digno

Condiciones laborales que aseguran derechos fundamentales como seguridad, estabilidad, reconocimiento, protección social y un ambiente libre de violencia. Es un principio clave del movimiento sindical y de los derechos humanos.

Disidencia

Término que agrupa a personas y cuerpos que no se ajustan a las normas sociales dominantes, especialmente en lo sexual, lo corporal o lo identitario. La disidencia puede ser una forma de resistencia y de existencia política.

Interseccionalidad

Enfoque que reconoce que las desigualdades no actúan de forma aislada, sino que se entrecruzan. Por ejemplo, una mujer migrante, trans y precarizada puede vivir múltiples formas de discriminación simultáneamente.

Sindicalismo

Movimiento organizado de trabajadoras y trabajadores que lucha por sus derechos laborales, sociales y humanos. Su acción colectiva busca transformar las condiciones estructurales que afectan la vida en el trabajo.

Salud mental comunitaria

Modelo de atención que considera la salud mental como resultado de vínculos, redes sociales, contexto y derechos. Promueve el acompañamiento colectivo, la participación y la autonomía, alejándose del enfoque puramente biomédico.

Este libro reúne voces que transforman el silencio en palabra, y la vivencia en acción colectiva. “Relatos de salud y diversidad” es una invitación a mirar la salud y el trabajo desde los cuerpos, las emociones y las identidades que sostienen la vida en toda su pluralidad.

En estas páginas, trabajadoras y trabajadores, usuarias y usuarios, estudiantes y activistas narran historias donde el amor, la memoria y la resistencia se entrelazan con el derecho a la salud, la dignidad y la igualdad.

La Confederación Fenpruss, a través de su Secretaría Nacional de Igualdad de Oportunidades, comparte esta obra como un testimonio vivo de compromiso con los Derechos Humanos, la equidad y la diversidad. Porque contar nuestras historias es una forma de sanar, pero también de cambiar el mundo.

